



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PG 7158
54
P88
1710

Queda asegurada la propiedad de esta obra con arreglo á la Ley, por

Los Editores.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra". P.º de S. Vicente, 20, Madrid.



I

Cinna.

Cayo Septimio Cinna fué un patricio
Que muy joven sirvió de legionario,
Dedicándose alegre en esos tiempos
Á la existencia activa del soldado.

Ya rico, ya con gloria y con honores,
Tornó á Roma, su cuna y su regalo,
Entregándose ciego á los placeres,
Pues todos á la vez quiso gozarlos.

Las noches las pasaba en las orgías
En los templos de Venus ó de Baco,
Y los días hablando con Velódicos,
Con maestros de esgrima, en tepidarios;
Viendo luchar á fuertes gladiadores;

Asistiendo á los circos y á teatros;
 Oyendo los laúdes á los griegos;
 Poniendo enigmas á adivinos tracios;
 Viendo á las bailarinas de las Islas,
 Y el oro en todas partes derrochando.

De la estirpe de Lúculo heredaba
 La devoción por exquisitos platos:
 Lirones de Numidia; ostras de Nápoles;
 Del mar Rojo tortugas y pescados;
 Jamón de las riberas de Boristen,
 Y langostas de carnes de alabastro,
 Bien confitadas con la miel del Ponto,
 Traídas solamente por encargo;
 Y todo lo regaba con los vinos
 Que la Grecia ofreció más delicados.

Como noble patricio, cuyo gusto
 Era selecto, amaba el demostrarlo,
 No negándole nada á sus sentidos,
 Rindiendo al arte culto refinado.
 Atesoraba restos extraídos
 De Corinto en las ruinas; ricos vasos
 Etruscos; producciones de la Sérica;
 Tejidos del Eufrates y los caros
 Perfumes de la Arabia: las delicias
 De los patricios nobles y romanos.

Con vasta ilustración, se le veía
 Discutir muchas veces con letrados
 Que eran la gloria y el honor de Roma;
 Comentaba la ciencia con los sabios;
 Durante la comida enguirnaldaba
 Su cabeza con rosas, y acabando,
 Daba á su aliento aromas y frescuras
 Con nuevas flores de heliotropos blancos.

De Cicerón amaba la facundia;
 La bella forma lírica de Horacio;
 Potencia, instinto y numen en Ovidio,
 Que en materias de amor tuvo por astro.

Hablaba el griego, y del divino Homero
 Recitaba entusiasta hermosos cantos,
 Y los versos del dulce Anacreonte,
 Que le apagaba el vino entre los labios.

Por sus muchas y varias relaciones
 Llegó á adquirir conocimiento vasto
 De las grandes escuelas de su tiempo,
 Y hablaba con genial desembarazo
 De sus hondos problemas filosóficos,
 Los más grandes errores señalando.

Muy docto en la romana arquitectura,
 Juzgaba con criterio siempre claro
 Así los edificios de la Hélade,
 Como los ya en escombros transformados.

Odiaba á los estoicos, porque eran
 Á todo goce mundanal contrarios,
 É invitaba con gusto á los escépticos,
 Ante ellos en la mesa proclamando,
 Al fulgor deslumbrante de los cálices
 Rebosantes de vino prelibado,
 Que el verdadero objeto de la vida
 Es la inercia, la calma, el ocio blando;
 Que es la verdad sofisma irrazonable,
 Y que la vanidad, en el humano,
 De voluptuosidad es el sinónimo
 Ante los ignorantes y los sabios.

Sin fe en los dioses, dijo que la vida
 Es nave sin timón en mar airado,
 Y que era inteligente el que sabía
 Guiarla ante los vientos más extraños.

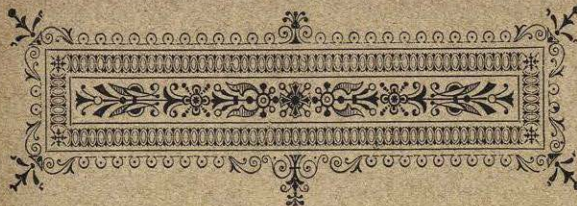
Gozaba con tener buenos pulmones,
 Un par de hombros robustos y gallardos,
 Una nariz graciosa y aguileña,
 Y una cabeza de adalid romano.

Sin llamarse un escéptico, sí era
 Escéptico y lascivo en sumo grado,
 Y sin saber la ciencia de Epicuro,
 Era un epicurista por sus actos.

Sin admitir verdades ni virtudes,
 En la felicidad viendo un engaño,
 Gustábanle el augurio, el vaticinio,
 Y de supersticiones era esclavo.

Las más nuevas creencias del Oriente
 Curiosidad tan sólo le inspiraron,
 Y aunque movido á veces por caprichos,
 Dominaba sus propios arrebatos.
 Era en todas sus obras indulgente,
 Y amable con los míseros esclavos;
 En la vida miraba sólo un ánfora
 Á la que el vino en ella conservado
 Le daba su valor, y así anhelaba
 Llenarla con el mosto de más rango.
 ¿Y el amor? Lo ignoraba; no sabía
 Por qué, ni amaba á nadie ni había amado;
 Admiraba la forma solamente:
 Frente espaciosa en apolíneo cráneo,
 Y el pie pequeño de elevado empeine
 Que eran en él los principales rasgos.

Hacia su extraña exótica persona,
 Por sus empresas, sin cesar atrajo
 La pública atención, por muchas veces,
 En Roma de los grandes ciudadanos;
 Mas al fin, como pasa en este mundo,
 La morbosa pasión mató el cansancio;
 Sin ilusiones ya, sin patrimonio,
 Que todo fué en sus goces disipado;
 Invasado su ser por el hastío,
 Nada esperó de arriba ni de abajo,
 Creyendo ya que cuanto da la vida,
 Logró sin contratiempos alcanzarlo.



II

Timón.

Sin fe, sin esperanza ni ilusiones,
 Después de haber libado por completo
 El cáliz de ponzoña y de placeres
 Que produce el brutal aturdimiento,
 Cinna trataba de explicarse en vano
 Cuál era entonces el martirio nuevo
 Que su ser destrozaba interiormente,
 Hundiéndolo en horrible desaliento.
 Y ese martirio más se agigantaba
 En el fondo sin luz de su cerebro,
 Dominándole al fin la horrible duda
 Como un constante y pavoroso espectro.
 Sin el consuelo de creer en algo
 Llegó Cinna á envidiar á los escépticos.

Y una voz desde el fondo de su alma,
 En medio del dolor, gritaba á aquéllos:
 «Creéis llenar el vacío con la nada,
 Y ¿qué sois, infelices?... ¡Unos necios!»

Arruinado, sin nombre y sin fortuna,
 Mas noble por su limpio nacimiento,
 Á Brindisi se fué, donde tenía
 Amigos y parientes opulentos.
 Recuperó al mirarlos la esperanza
 De recobrar honores y dinero;
 Pero la duda, que al salir de Roma
 Le atormentaba el alma, ni un momento
 Le abandonó. Marchóse á Alejandría;
 Allí largos los meses transcurrieron,
 Y como el trigo que en la delta egipcia,
 Más que de Italia en el fecundo suelo,
 Crece radiante de vigor, sus penas,
 Más intensas, su espíritu invadieron.

Sin esperanza ya, teniendo el ánimo
 Ya de por suyo quebrantado y tétrico,
 Quiso aturdirse, y emprendió la vida
 Llevada en Roma en sus felices tiempos.

Alejandría, ciudad encantadora,
 Estaba llena de querubes regios;

De las griegas mujeres delicadas
 Que tienen como el oro los cabellos,
 Blanca la piel como el marfil bruñado,
 Mirada luminosa como el cielo,
 En que sus rayos filtra el sol de Oriente
 Como saetas de candente fuego.

En brazos de tan célicas deidades,
 Del triste Cinna despertó el deseo,
 Y en pos de paz, tranquilidad y olvido,
 Los más ardientes goces buscó en ellos.

Todo fué en vano: el buitro de la duda
 No le dejó tranquilo ni un momento,
 Y hasta en sus más profundas sensaciones
 Le turbó el goce y le espantó el sosiego.

Cinna pensó en la muerte; sus amigos,
 En ella hallaron el mayor consuelo;
 Si el esclavo clavaba bien la espada,
 La cuestión de morir era un momento.

Con voluptuosidad aquesta idea
 Acariciaba Cinna, presintiendo
 Que era una sola dicha; mas de pronto
 Fué dominado por extraño sueño.
 En la ribera opuesta de ancho río

En el cual se encontraba muy contento,
 Vió personificada en un esclavo
 La negra duda que por tanto tiempo
 Le agitaba su espíritu. Le dijo
 El esclavo, saliéndole al encuentro:
 «Te he precedido ya para acogerte.»
 Horrorizóse Cinna ante su acento,
 Imaginando allí que ni en la muerte
 Á la invocada paz que fué su anhelo,
 Hubiérala encontrado, pues la duda
 Implacable, terrífica, sin término,
 Siguiéndole constante hasta ultratumba,
 No le hubiera dejado ni un momento.

Buscó una senda salvadora, y quiso
 Entablar amistad, cariño tierno,
 Con graves sacerdotes de Serapis
 Que explicarle pudieran el misterio
 Que en las amargas horas de la vida
 Teníale tan confuso y tan inquieto.

Ellos, con reverencia y bondadosos,
 Á aquel joven romano recibieron;
 Colmáronle de gratas atenciones,
 Y estudiando su angustia y sus tormentos,
 Le llamaron *poeta*; ¡un elegido
 Que espera de las Musas paz y premio!

Una amarga ironía para Cinna
 Fué la frase de aquellos hombres buenos,
 Que de nada sirvió para su alivio
 Ni le ahuyentó su duda y sus tormentos.

No se dió por vencido, cobró fuerza,
 Y una nueva ilusión le dió consuelo:
 Serapis iba pronto á iluminarle
 La obscuridad en que se hallaba envuelto.

Muchos sabios contaba Alejandría,
 Mas culminaba sobre todos ellos,
 Por ser un astro de la ciencia egipcia
 Y erudito sin par, Timón el griego

Había leído tantos pergaminos,
 Tantos *papyrus* consultó discreto,
 Que aseguraban todos que era un sabio
 De los que todo explican bajo el cielo.

Era Timón de angelical carácter;
 De corazón á la indulgencia abierto;
 De trato dulce; de costumbres sanas;
 De andar pausado y ademán modesto.

Desde que Cinna comenzó á tratarlo
 Comprendió que era sabio y que era bueno,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1525 MONTERREY, MEXICO

Y así, con tierna y natural dulzura
 Se captó su amistad en poco tiempo,
 Que convirtiéndose, al transcurrir los meses,
 En una estrecha intimidad de afectos.
 Aquel joven romano, entusiasmado,
 Admiraba los doctos argumentos,
 La elocuencia brillante y poderosa,
 La verba clara, el discutir sereno
 Y la cauta prudencia con que siempre
 De la misión del hombre habló el maestro.

En la faz de Timón se reflejaba
 La tristeza del alma y un intenso
 Pesar que ante los hombres lo envolvía
 Como en flotante y vagaroso velo.

Cinna, animado por filial cariño,
 La causa preguntó de su tormento,
 Y Timón, que cual hijo le miraba,
 Su amor y su ternura comprendiendo,
 Le reveló tranquilo y sin ambages,
 De su alma los más íntimos secretos.



III

Las palabras del maestro.

DESDE una amplia terraza que domina
 El horizonte vasto de los mares,
 Contemplando los dos la lluvia de oro
 Del lánguido crepúsculo en la tarde,
 Timón y Cinna con afán discuten
 Sobre un problema tenebroso y grave:
 De cómo puede transmigrar el alma
 Cuando en el cuerpo el corazón no late.
 Por la tristeza dominado Cinna
 De aquella hora y la palabra fácil
 Del viejo docto, le cogió una mano,
 Y conmovido comenzó á contarle
 Sus dudas, sus dolores, sus tormentos,
 Y el haber recurrido en sus pesares,

Para que sus dolencias aliviaran,
 Á varios sacerdotes de Serapis.

—Soy, Timón, muy dichoso de tenerte
 Por consejero, por amigo y padre,
 Que el misterio en que envuélvese mi espí-
 [ritu,

Cual tú, no sabrá nadie revelarme;
 ¡Son los hondos secretos de la vida!
 Por eso vengo con el alma á hablarte.
 Timón contempló luego el mar tranquilo,
 Sus ondas azulosas y fugaces
 Que teñía con vívidos colores
 El sol, que en Occidente iba á ocultarse.
 —¿Has visto—dijo á Cinna—las bandadas
 De esos alegres pájaros errantes,
 Que de tierras del Norte, nebulosas,
 Vienen aquí en invierno á visitarme?
 Di, Cinna, ¿los has visto, y lo que vienen
 Á buscar esos pájaros no sabes?
 —Lo sé; luz y calor es lo que buscan.
 —Tú lo has dicho muy bien, y no te engañes;
 Lo mismo también busca el alma humana
 Con ansiedad, con avidez muy grande;
 Calor, que es luz y amor, y que proviene
 De la fe oculta que en las almas arde;
 Los pájaros comprenden por instinto

Su bien; buscarlo y encontrarlo saben;
 Por el contrario, nuestras pobres almas,
 Sin rumbo fijo, tímidas y errantes,
 Perdidas en el duelo y la tristeza,
 Van buscando su bien sin encontrarle.
 —¿Por qué la buena senda nuestras almas
 Hallar no logran, viejo venerable?
 —Antes, para guiarlas en la senda,
 Era la fe en los Dioses lo bastante;
 Hoy, la fe se ha apagado como faro
 En que falta el aceite y sobra el aire.
 Lo proclamado en Roma y en Atenas
 Pareció una esperanza fija y grande,
 Mas trocóse en escombros la doctrina,
 Y como el jaramago, de ellos salen
 Escépticos que pasan por apóstoles
 De paz, sembrando sólo dudas graves.
 En confusión la duda degenera,
 Al alma luego la tristeza invade,
 Y renegando de la luz y el mundo,
 En un abismo de tinieblas cae.
 Nosotros intentamos levantarlas
 Del negro abismo, y somos muy constantes
 En luchar sin temor con las tinieblas,
 Porque es muy rudo á ciegas el combate.
 —¿Y ni aun tú lo has logrado, noble amigo?
 —En vano lo he intentado. Tú trataste

Con la torpe embriaguez de los sentidos
 De tan horribles dudas libertarte;
 Te abandonaste sólo á los placeres,
 Al vino y al amor te abandonaste;
 Yo á las indagaciones y á las luchas
 Del pensamiento que mi ser abate.
 Pero ¡ay! que las tinieblas que nos cercan
 No pueden fácilmente disiparse;
 Cortan el paso al sol, lo ofuscan todo,
 Y no se puede ver más adelante.
 Consuélate, querido y noble amigo,
 Que no te aflijas solo en tus pesares;
 El alma que da vida al mundo entero
 Sufre, como la tuya, dudas graves,
 Está llorosa, triste y dolorida,
 Sin que le den la paz nada ni nadie.

Calló Timón; quedóse luego absorto,
 Y después preguntó:—¿Qué tiempo hace,
 Cinna, que no das crédito á los Dioses?
 —Sacrifican en Roma en todas partes,
 En las plazas enfrente de la plebe
 Y aun de todos los próceres delante,
 Á los Dioses del Asia y del Egipto,
 Pero en ellos ahora no cree nadie;
 Sólo los campesinos, porque viven
 Sin ver los vicios de los pueblos grandes.

Y ésos únicamente están tranquilos
 Y son tan venturosos como nadie,
 Lo mismo los que adoran las cebollas
 Y dan culto á diversos animales,
 Y como aquellos que á cansadas bestias
 Pretenden ser en todo semejantes.
 Y el reposo y el sueño anhelan solo,
 Creyendo así que para el ocio nacen,
 ¿Qué vale, pues, la vida?—dijo Cinna.—
 ¿Qué nos espera tras la muerte, sabes?
 ¡Oh Timón! ¿Me permites que te diga
 Que entre tú y los escépticos no alcance
 Á ver que exista diferencia?

—Escucha:

El escéptico acepta sin debate
 Las tinieblas que envuelven á su espíritu,
 Y de ello finge satisfecho hallarse;
 Yo, en cambio, no he podido persuadirme,
 Y de ello me entristezco y no hago alarde.
 —¿Senda de salvación no ves ninguna?
 —La espero.

—¿Dónde?

—No he de señalarte

El punto donde está, porque lo ignoro...
 La noche ha de pasar....., que el sol aclare.
 Timón, al parecer muy fatigado,
 Sentóse y contempló los anchos mares,

Apoyó en una mano la cabeza
 Y en el silencio augusto de la tarde
 Dijo en voz baja:—Es una cosa extraña:
 Pienso que el mundo debería fijarse
 Sólo en aquello que nosotros vemos,
 Sin aspirar jamás á algo más grande.
 Así, nunca me hiere amarga duda,
 Con lo desconocido al encontrarme,
 ¡Ay!, con ese fatal desconocido,
 Siempre una solución queriendo darle.
 Si en la Filosofía y en el Olimpo
 Ha acabado la fe; si ya no bate
 Sus alas la esperanza, yo sostengo
 Que el hado nos dará, radiosa y grande,
 Una nueva verdad, que aún no conozco,
 Pero que en mi alma se estremece y late.

Oyendo estas palabras, sintió Cinna
 Un consuelo dulcísimo, inefable,
 Viendo que otros sufrían como él mismo,
 Que no eran sólo suyos los pesares;
 Y hasta creyó sentirse descargado
 De su propio dolor hondo y constante,
 Como al que se le quita enorme peso
 Que entre otros muchos seres se reparte.



IV

Antea.

Entre el joven romano y aquel viejo,
 Tan docto y tan prudente como sabio,
 La amistad santa desde aquella noche,
 Hora tras hora acrecentó sus lazos.
 Mirábanse á menudo, y entre ellos
 Era de ideas natural el cambio
 Á pesar de lo triste de la vida,
 De sus muchos sufridos desengaños.
 Cinna era joven, y el voluble mundo
 Ofrecíale aún nuevos encantos;
 El más dulce de todos, el más bello,
 Pues ni en sus sueños acertó á mirarlo,
 En Antea lo encontró, la única hija
 De Timón, que la amaba apasionado.